

Por AUBREY MENEN



LAS VIOLACIONES

BANGLA Desh es una tierra verde y grata. Es una llanura con una docena de ríos que serpentean hacia el mar regando los campos de yute y dándoles un color esmeralda, como el de las campañas de Irlanda, o colocando los arrozales bajo tranquilos estanques que reflejan un cielo sereno. Entre esta belleza vive un pueblo suave y tranquilo en poblados que se elevan por encima de las aguas.

Son pobres, pero no demasiado. Como otros muchos del mundo que viven de una tierra feraz. Son tímidos y amables. Aman a sus familias, aman la tierra en la que han nacido. Y aman la paz.

En uno de esos pueblos vivía una muchacha de diecisiete años. Estaba considerada como la más hermosa del lugar, porque tenía unos bonitos ojos y una figura como las descritas por el gran poeta sánscrito Kalidasa. Como era una buena hija, se había casado con el muchacho que su padre eligió.

Había habido alguna dificultad en la elección, porque no había ni un solo muchacho en el pueblo que no quisiera tener la oportunidad de casarse con ella. O por lo menos eso me dijo cuando hablé con ella. Fue la primera y la única vez que sonrió durante nuestra entrevista.

Cuando se casó, su marido, como sucede frecuentemente en la tradición hindú, fue a vivir a la casa del padre de ella, puesto que tenía más tierras que los suyos.

En la mañana del 17 de octubre

del año pasado, un camión militar entró por el único camino del pueblo. Un grupo de soldados saltaron, obedeciendo las órdenes de un sargento, que hablaba en un lenguaje que nadie del pueblo podía comprender. Por ello supieron que se trataba de sus propios soldados y que tenían que obedecerles.

El pueblo formaba parte del Pakistán, y aquellos soldados, altos y huesudos, eran pakistaníes. Si hablaban de una manera tan extraña era porque venían de aquella otra parte del Pakistán que está al Oeste, dos mil millas más allá, tras un país extranjero llamado India.

Uno de los soldados hablaba algo de bengalí. Dijo a los campesinos, que se agrupaban en torno a él, que no tenían nada que temer. Los soldados habían ido allí tan sólo para ver si había alguien que estuviese a las órdenes del traidor Mujibur Rahman. Los campesinos sabían que éste era el dirigente de esta parte del Pakistán y que estaba en oposición con los dirigentes de la otra parte. Muchos ni siquiera sabían eso. La política era, simplemente, algo que perturbaba los programas de la radio de transistores del pueblo.

Los soldados se dispersaron, entrando cada uno en una casa. Buscaban panfletos, pero lo hacían con amabilidad y buena educación. Las mujeres hindúes que encontraban a su paso ocultaban con pudor sus rostros en los pliegues de sus vestidos, y los soldados sonreían tímidamente y se apartaban de ellas. Los

soldados se llevaron al muchacho más brillante del pueblo, de quince años de edad, que aún iba al colegio. Pero dijeron que lo volverían a traer al atardecer.

Pero nunca volvió. Los soldados sí volvieron en el mismo camión a las diez de aquella noche. Se detuvo frente a la puerta de la casa de chapa ondulada. La familia dormía en su interior; los tres muchachos, en el suelo; la muchacha y su marido, en un lecho de madera y cuerdas; el padre y la abuela, en camas antiguas, con colchones de algodón. Los soldados les despertaron golpeando la puerta. Hicieron que la familia se pusiera en pie metiéndoles las culatas de sus fusiles automáticos en las costillas. Les alinearon contra la pared.

He preguntado al padre:

—¿Estaban borrachos?

—No —me dijo—. No estaban borrachos, no se tambalaban. Solamente...

No pudo continuar.

Había seis soldados. Entraron en la habitación que había sido construida para el matrimonio. Los otros se quedaron atrás con la familia; uno de ellos apuntaba con su rifle. La familia oyó gritar un orden y las protestas de la muchacha. Después hubo un silencio, cortado por un grito de la joven esposa. Luego volvió el silencio, excepto algunos gemidos ahogados.

Unos minutos después uno de los soldados salió con el uniforme en desorden. Sonrió a sus compañeros.

Y otro soldado fue a ocupar su lugar en la habitación. Al final, los seis soldados se marcharon apresuradamente. El padre encontró a su hija, que yacía sobre la cama de cuerdas, inconsciente y sangrante. El marido estaba en el suelo, sobre el charco inmenso de su propia sangre.

He hablado con la novia, pero no en la casa de su padre. La encontré en una amplia y cómoda casa de la capital. Tenía una habitación para ella sola, con una cama de estilo occidental y jarrones de flores por todas partes.

Hay, según se dice, otras diez mil mujeres como ella.

Cuando el horror hubo pasado y esta verde y risueña tierra comenzó a ser una nación libre, independiente, ella y otras mujeres fueron declaradas «heroínas de la nación». Afortunadamente, tal declaración no quedó en mera retórica. Ciudadanos influyentes, hombres de empresa, ofrecieron sus casas a las mujeres violadas —a las que siguen vivas, claro está—. De otras se han hecho cargo las instituciones públicas.

La encontré verdaderamente hermosa. Tan sólo su boca parecía extraña. Daba la impresión de no pertenecer a su cara. Dura y tensa, al hablar cobraba un rictus extraño, como un guiño de luz artificial. ¿Por qué se halla aquí, en Dacca?

—Esta buena gente —dice señalando a mis anfitriones, que se hallan presentes conmigo en la habi-



DE BANGLA-DESH

tación—, esta buena gente me ha traído aquí.

—¿No preferiría estar en su pueblo?

Sacude la cabeza negativamente. La señora de la casa le dirige unas palabras, que ella no me traduce. Parece que la está animando a hablar.

De pronto, su boca se retuerce:

—Allí no me quieren —dice por fin.

—¿Los paisanos?

—Sí —se detiene—. Y mi padre estaba... —se la quiebra la voz—.

—¿Avergonzado? —interviene la señora de la casa.

—Sí.

Sigue un largo silencio.

—Yo estoy espantada —exclama la señora—, porque eso es verdad. Toda la familia se siente humillada.

—¿Por ella?

—Por los hados —responde la señora de la casa—. Por el destino. Los hindúes creen a cierra-ojos en el destino.

No advierto absolutamente ninguna repugnancia a hablar, sino todo lo contrario. Hay mujeres que me han dado la misma impresión de que encuentran cierto consuelo al hablar de lo que las ha sucedido. Es como si quisieran, eso me parece, verse a sí mismas con los ojos de los demás: tener la seguridad de que se comportaron de la mejor forma que se podía esperar de ellas.

Había una madre de dos niños en

una clínica de Calcuta, una ciudad a la que con otras muchas huyó en busca de refugio. No he llegado a saber su nombre. Creo que su identidad, como en otros muchos casos, ha quedado sepultada bajo un número.

—Ellos me violaron repetidas veces —dijo con gran firmeza en la voz y en el gesto, como si estuviera declarando ante la Policía—, hicieron que mi marido estuviera presente. Pero él se revolvió contra ellos, insultándoles con palabras terribles que yo jamás había oído. Entonces lo mataron a bayonetazos. En cuanto quedé sola, cogí una cuerda y me la anudé al cuello para matarme. Pero escuché el llanto de mis niños. Los cogí a la mañana siguiente, los puse en nuestro carro y me uní a la enorme caravana de otras refugiadas como yo. No hablé ni una sola palabra en toda una semana.

Ella y los niños están ahora a salvo, pero ella se encuentra enferma, con ciertos trastornos interiores que no me han querido explicar.

Hay algunas que parecen no haber sufrido nada. Pero eso no es más que la mera apariencia. Tal es el caso de las víctimas de situaciones límite. Por ejemplo, una anciana, que en otro pueblo de Bangla Desh me habla y habla de lo que le sucedió, contándome la historia una y otra vez, hasta que la desgarradura es tan profunda, que la hace callar: es un consuelo, una justificación, pienso yo, lo que ella va buscando al hablar.

El pueblo estaba situado en una carretera importante, rara en Bangla Desh. Su nieta, de trece años, aguardaba al autobús que la conduciría a la escuela. Llegó un «jeep» repleto de soldados. Saltaron fuera, agarraron a la niña y la llevaron a una plantación. La abuela, al ver lo que sucedía, corrió frenéticamente tras ellos. Pero se detuvo, helada por el espanto, tras unos arbustos. Los soldados violaron repetidamente a la niña y luego la mataron de un tiro.

—Yo no hice nada —dice la anciana—. Debí haberla salvado.

Yo la aseguro que, de haberlo intentado, ahora no podría contarme la historia. «Quizá un día —la digo— pueda narrarla ante los Tribunales, y aquellos hombres tendrán que dar cuenta de sus actos». Yo no creo en lo que estoy diciendo, pero ella sí, y eso la consuela.

¿Existe alguna explicación, si no es la de la depravación de la naturaleza humana? He planteado esta cuestión a un activista polifónico, un sobrio hombre de cuarenta años que hizo lo indecible por evitar el desastre y que ahora trabaja en la reconstrucción del país.

Nos encontramos hablando, extrañamente, en un lujoso hotel de Dacca, con un juvenil conjunto de «rock», que interpreta —muy bien por cierto— canciones de protesta contra todo lo habido y por haber, excepto Bangla Desh.

—Esa explicación existe —me responde—, pero yo no sé si no resulta más desconcertante aún que los

hechos mismos. Las violaciones de Bangla Desh fueron una maniobra militar perfectamente calculada. Muy desde los comienzos, desde que el Pakistán fue fundado, los pakistaníes occidentales nos trataron a los del Este como a colonizados. Era lógico: nosotros teníamos materias primas —yute, arroz—, como usted habrá visto con sus propios ojos; el país está rebosante. Ellos, en cambio, en el Oeste, tienen muy pocos productos básicos. Pero asían las riendas del poder lo mismo que Whitehall, pongamos por caso, durante los días de la soberanía británica. Pakistán es un país en vías de desarrollo, por decirlo con una frase manida, pero Pakistán Occidental no estaba dispuesta a permitir que nosotros nos desarrolláramos. Y, como usted bien sabe, pienso que hubieran podido lograrlo. Nosotros, los bengalíes, somos gente benigna, pacífica... hasta que nos levantan. Y lo que nos levantó fue nuestra lengua.

«El urdu, idioma del Pakistán Occidental, es pariente cercano del árabe. Se escribe con esos caracteres rizados, mitad dibujos, mitad puntitos y acentos. Pero nosotros hablamos el bengalí, que es absolutamente diferente. Lo cual no les gustaba a los occidentales. Nosotros teníamos que hablar y escribir en urdu. No de otra manera los nazis, en la segunda guerra mundial, intentaron que los franceses hablaran en alemán. Nosotros protestamos. Formamos un movimiento. Hicimos seis peticiones en el sentido

BANGLA-DESH

de que, manteniéndonos pakistaníes, queríamos conservar nuestra personalidad bengalí. Yahya Khan decidió enfrentarse con nosotros.

Yahya Khan estaba entonces desposeído de la Jefatura del Estado en Pakistán. Le digo que yo he llegado a la conclusión de que era un loco fanático.

—¿Que era un loco? —pregunta mi amigo—. Me sorprende. Perdió, eso sí. Pero podía no haber perdido. Usted ya ve —y ahora llego a su pregunta— cómo él decidió destruir el movimiento bengalí desatando una campaña de terror. Promover y llevar adelante una guerra es camino caro, y Pakistán no tenía mucho dinero.

—¿Y la campaña del terror incluía las violaciones? —le pregunté. Apretó los labios.

—Una campaña de terror lo incluye todo, como en Dresdem o Hiroshima —replica.

—Pero para esos muchachos que hicieron tales atrocidades, ¿tiene usted también alguna explicación?

—Sí, eran soldados. ¿De qué hablan los soldados en los barracones? De mujeres y de sexo. ¿Qué buscan cuando salen del barracón a la libertad? Mujeres y sexo. Ponga un fusil en sus manos y dígales que salgan y aterricen a la población. ¿Qué será lo primero que les venga a la imaginación? El sexo. No olvide que muchas de nuestras mujeres bengalíes son muy hermosas.

Mis pensamientos se vuelven hacia el pasado. Musulmanes e hindúes lucharon entre sí desde centurias atrás. Pero lucharon siempre hombres contra hombres, nunca hombres contra mujeres. Además, lucharon generalmente, si no siempre, con un código tan rígido, para ambas partes, como el de la caballería medieval. Musulmanes e hindúes tuvieron siempre en la más alta estima la castidad de las mujeres: los musulmanes, hasta el punto de hacer que sus esposas e hijas aparecieran en público con el rostro velado, y los hindúes, celebrando la pureza de una esposa como tema central de su épica religiosa: «El Ramayana».

Posiblemente, lo que en realidad sucedió fue que el haber inculcado en la mentalidad de simples soldados la idea de que podían hacer cuanto se les antojara fue lo que acarrió una catástrofe sin precedentes.

Se encienden ya las primeras luces. Salimos del aire acondicionado hacia una pesada noche tropical.

—El plan de Yahya fue tan bien realizado, que diez millones de personas tuvieron que huir del país. Y hubiera llegado aún más lejos de no haber sido por una mujer plenamente consciente de sí misma. Indira Gandhi sabía lo que tenía que hacer, y lo hizo. Envió sus tropas, y en seis días volvimos a estar sanos. Pero sin esta formidable mujer... —se detiene, mueve la cabeza y me da las buenas noches.

Mi amigo era muy sereno. Pero no tanto como la Madre Teresa. La Madre Teresa es de Albania, y ha trabajado en la India por espacio de cuarenta años. La conocía de nombre. Es católica, y en mis frecuentes visitas al Vaticano, los prelados me decían que si un día fuese a la India debería visitarla. «Siem-

pre es interesante —me decían— encontrarse con una persona que con toda seguridad va a ser canonizada».

Fue ella la primera en ayudar a las mujeres violadas abriendo las puertas de cinco casas en Bangla Desh, donde pudieron encontrar asilo. En la actualidad existen en Bangla Desh unos sesenta centros de rehabilitación, pero en los primeros días el Gobierno apenas pudo hacer nada: la Madre Teresa abrió el camino.

Sus enfermeras, enfundadas en el sari blanco, lindante en azul pálido, van y vienen, y me hablan. De pronto, una mujer menuda, vestida con el mismo uniforme, se detiene en silencio junto a mí. Al principio pienso que se trata de una enfermera más. Hasta que me fijo en su rostro —más bien en sus ojos— y sé ya quién es.

Es de edad media. Su rostro está ajado. Pero sus ojos son jóvenes. Son tranquilos: casi estallan de alegría. Yo he visto estos ojos en sólo dos personas: el Papa Juan XXIII y Mahatma Gandhi.

Comenzó su misión en Calcuta, cuidando ancianos y moribundos abandonados por los suyos. Les ayudaba y confortaba en sus últimos momentos. A partir de tan duro como cristiano quehacer, llegó con su caridad a convertirse en una leyenda india.

Cortó por lo sano mis cumplimientos de que había sido la primera en Bangla Desh..., diciendo: «Hay muchas cosas que hacer ahora mismo». Y de pronto, sorprendentemente tranquila:

—Fue algo realmente bueno lo que sucedió. El bengalí es amable. Al menos intenta ser amable. Pero necesita algo como esto, que le empuje a la acción. Hombres y mujeres venían a cientos, cada vez más, a ayudar. Pienso que su tragedia ha cambiado a los hombres que han venido detrás. ¿Sabe usted que hemos tenido ofrecimientos de jóvenes para casarse con estas pobres mujeres?

—Madre Teresa —pregunto—, ¿alguna de ellas lo ha hecho?

—Todavía no —me responde—. Ya ve usted, tenemos niños, muchas de estas mujeres están embarazadas. Por lo tanto, debemos esperar.

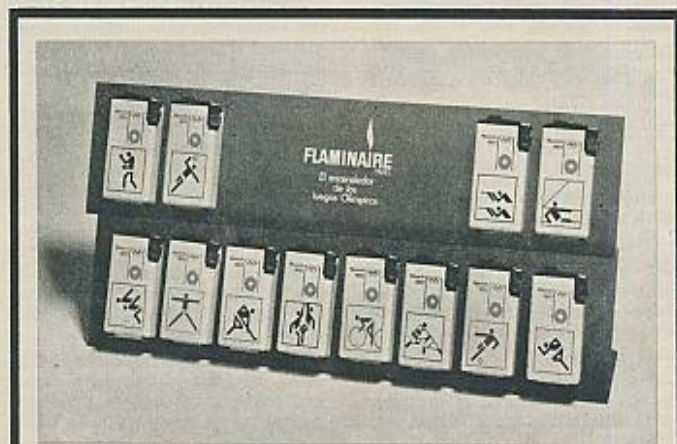
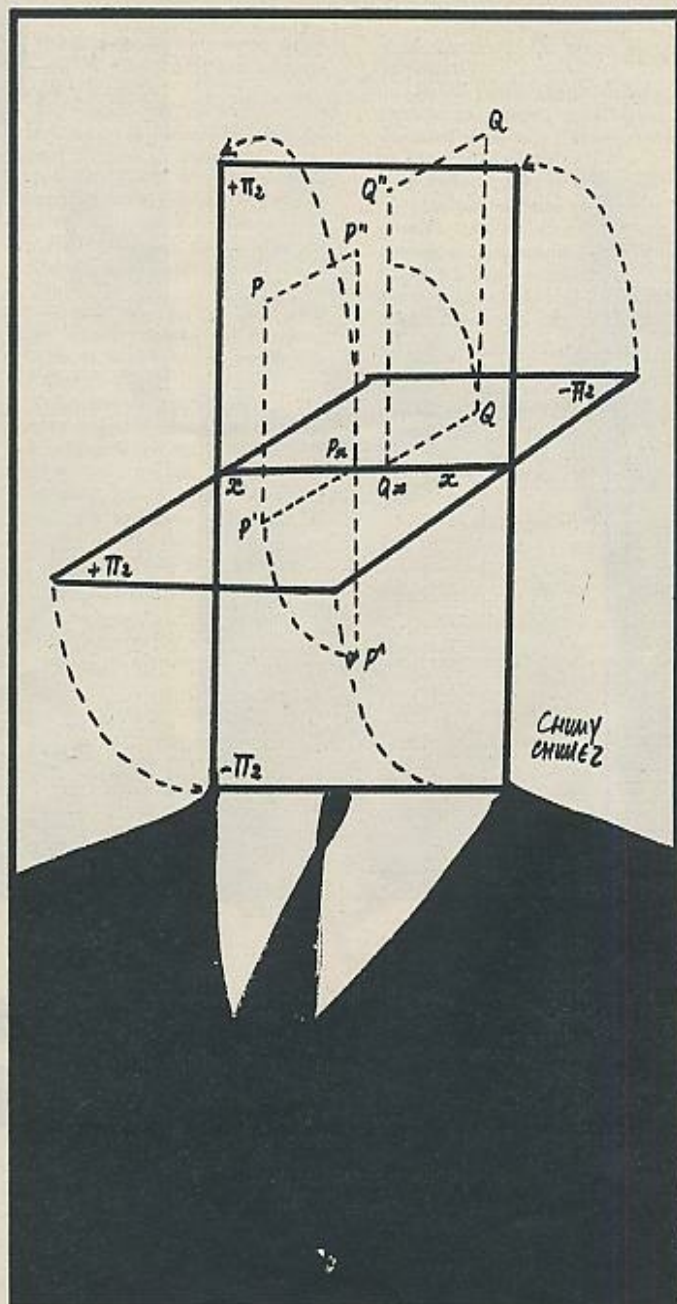
Para estas mujeres embarazadas han sido dadas, por parte del Gobierno, facilidades para abortar, pero esa práctica no es aceptada aún por la sociedad ortodoxa y no existe ninguna presión para que ellas se aparten del comportamiento de su propia comunidad. La mayoría de esos niños verán, pues, la luz del día.

La Madre Teresa mira largamente por la ventana, y luego se vuelve hacia mí:

—Lo que necesitamos ahora es olvido. La gente comienza ya a decir: «Vosotros nos hicisteis esto. Vamos a hacérselo ahora a vosotros».

Algunos, me consta, se han tomado ya la revancha.

—La gente me dice —prosigue ella— que lo que todos desean es paz. Pero si no llegan a olvidar, no la tendrán nunca. ■ A. M. (Copyright 1972: New York Times Co.)



UN ENCENDEDOR FLAMINAIRE PARA RECORDAR LOS JUEGOS OLIMPICOS

Con motivo de la Olimpiada de Munich 1972, Flaminaire ha lanzado en el mercado, en exclusiva, una colección «JUEGOS OLIMPICOS», en la cual los amantes del deporte encontrarán el encendedor de su deporte favorito.